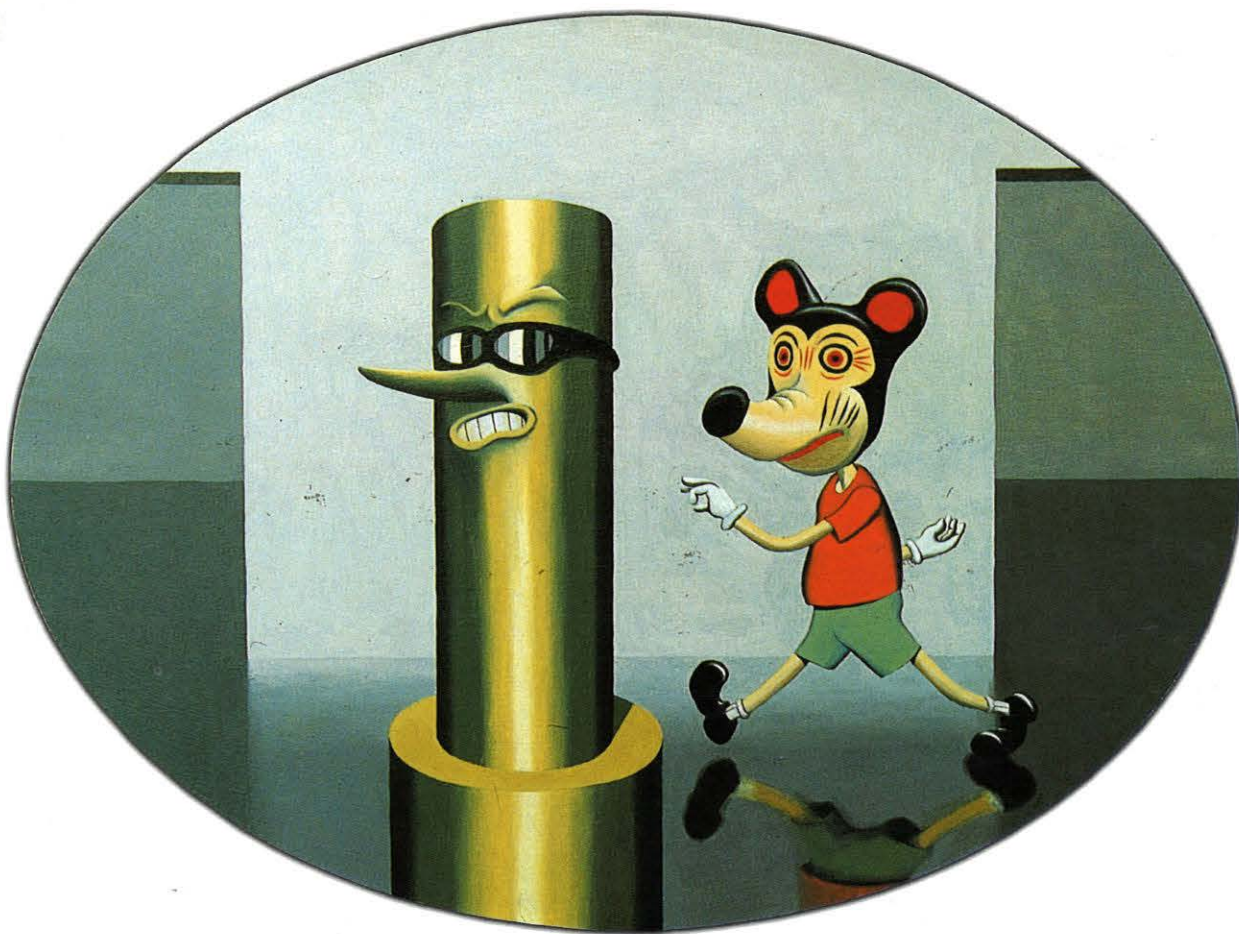


Luvina

literatura y arte . 9 . otoño de 1997



◆ **Poesía chicana actual:**

Ricardo Means Ybarra, Ray González, Juan Felipe Herrera,
Ernesto Trejo, Ana Castillo, Jimmy Santiago Baca, Alberto Ríos

◆ **Letras de Colombia:** Jineth Ardila,

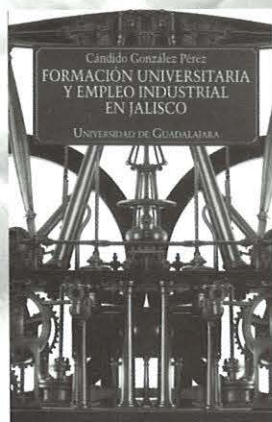
Fernando Herrera Gómez, Álvaro Rodríguez Torres

◆ **Narrativa de** Alfredo T. Ortega ◆ **Pintura de** Alejandro Ramírez

◆ UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA ◆

◆ \$15.00 ◆

NUEVOS TITULOS DE LA UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA



↙
Cándido González Pérez
*Formación universitaria
y empleo industrial en Jalisco*
168 páginas, \$ 38.00



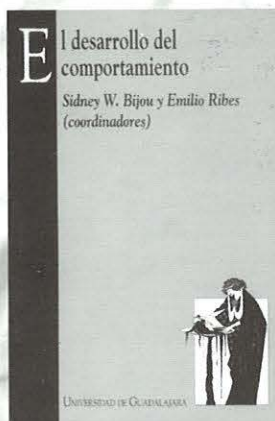
↘
Ramón Gallegos Nava
*Religión y psicología
en emigrantes mexicanos*
69 páginas, \$ 27.00



↙
Jean Papail y
Jesús Arroyo Alejandre
*Migración mexicana a Estados Unidos
y desarrollo regional en Jalisco*
164 páginas, \$ 40.00



↘
Jorge Durand (coordinador)
*El norte es como el mar
Entrevistas a trabajadores
migrantes en Estados Unidos*
252 páginas, \$ 45.00



↙
Sidney W. Bijou y
Emilio Ribes (coordinadores)
El desarrollo del comportamiento
288 páginas, \$ 48.00



↘
Francisco Javier Fuentes Talavera,
José Antonio Silva Guzmán y
Ezequiel Montes Ruelas
*Manual del secado técnico
convencional de la madera*
124 páginas, \$ 30.00

adquíeralos en: *coordinación editorial* UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

francisco rojas gonzález 131 [entre av. méxico y justo sierra]
ladrón de guevara CP 44600 guadalajara, jalisco, méxico
teléfonos 91 [3] 615 7589 / 615 8742 Fax 615 8192
horario: de lunes a viernes, de 9:00 a 15:00 horas

Programa Universitario

PUPLE

Promoción a la lectura

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela

Los autores en tu escuela



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Coordinación General de Extensión

COORDINACIÓN DE PROMOCIÓN
Y DIFUSIÓN CULTURAL

Los autores en tu escuela

- 5 Entrevista con Juan Bañuelos
Estela de dos confines
Jorge Souza
- 9 **Poesía chicana actual:
una búsqueda vigente**
Fernando Xáuregui
- 10 **Smokey**
Ricardo Means Ybarra
- 11 **Memoria de la mano**
Ray González
- 12 **Estas palabras ahora son sinónimos**
Juan Felipe Herrera
- 13 **Para Jaime Sabines**
Ernesto Trejo
- 14 **Seducida por Natassja Kinski**
Ana Castillo
- 15 **Por la noche**
Jimmy Santiago Baca
- La vista de los monaguillos**
Alberto Ríos
- 17 LETRAS DE COLOMBIA
Dos relatos
Jineth Ardila
- 21 LETRAS DE COLOMBIA
Cuatro poemas
Fernando Herrera Gómez
- 31 LETRAS DE COLOMBIA
Poema
Álvaro Rodríguez Torres
- 32 **Dos miniaturas cubanas**

**33 Monólogos del noctámbulo
y otros viajes**

Ricardo Sigala Gómez

35 Soneto

Dante Medina

36 Ahora

Víctor Manuel Pazarín

37 lied

Juan José Macías

38 Renovación

Rosaura Villalobos

39 Impromptu

Baudelio Lara

40 Poema

Guadalupe Ángeles

41 El encuentro

Alfredo T. Ortega

taller *en*

**23 La representación
de una realidad virtual:
Alejandro Ramírez**

del *móvil*

49 Textos de

*Marco Aurelio Larios, Álvaro Mutis
y León Plascencia Ñol*



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA: *Rector General*, Víctor Manuel González Romero; *Secretario General*, José Trinidad Padilla López; *Vicerrector Ejecutivo*, Misael Gradilla Damy; *Coordinador General Académico*, Diego de Santiago; *Coordinador General Administrativo*, Adolfo Espinoza de los Monteros Cárdenas; *Coordinador General de Extensión*, Roberto Castelán Rueda.

LUVINA: *Coordinador editorial*, César López Cuadras; *Consejo editorial*: Martha Cerda, Efraín Franco, Baudelio Lara, Jorge Orendáin, Víctor Manuel Pazarín, Guadalupe Sánchez, Marco Aurelio Larios, Wolfgang Vogt, Felipe Ponce, León Plascencia Ñol. *Diseño*: Avelino Sordo Vilchis; *Corrección*: Sofía Rodríguez B., Coordinación Editorial. Oficinas: Vallarta 1668, 44170 Guadalajara, Jalisco. ☎ (913) 615 4922 y 615 4980. FAX 615 5018. *Diagramación y tipografía*: RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL. *Preprensa*, Conceptual Graphics; *Impresión*, Doble Luna editores e impresores, s. a. de c.v., Ing. Hugo Vázquez Reyes 24, Los Belenes, Zapopan, Jalisco, México.

JULIO CORTÁZAR

CÁTEDRA LATINOAMERICANA

Escribir es dibujar mi mandala
y a la vez recorrerlo,
inventar la purificación
purificándose;
tarea de pobre shamán blanco
con calzoncillo de nylon.



1914 ☞ 1984

Julio

Rayuela, cap. 82

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades

Entrevista con Juan Bañuelos

Estela de dos confines

Jorge Souza

El café no es de Chiapas. Es Nescafé. Juan Bañuelos bebe y deja su taza junto a la copa de tequila ya vacía. Es casi noche en el jardín de María Luisa. El poeta y miembro de la Comisión Nacional de Intermediación (Conai), camisa azul bajo el saco gris y sin corbata, habla de dos temas: Chiapas y la poesía. Los mezcla. Para él se funden en un argumento único.

Durante más de tres décadas que vivió en la ciudad de México, recuerda, Chiapas «sólo era la nostalgia». En su libro *Espejo humeante*, con el que ganó el Premio Nacional de Poesía de Aguascalientes, en 1968, escribió: «El Sur está en mis lágrimas / mientras la lluvia piensa en mis ausentes.» En 1971, en su libro *No consta en actas*, dice: «Si he vivido en el campo / —me dijo el hombrecillo— / recordar las aves: las que vienen del sur...»

Al regresar a Chiapas como miembro de la Conai, hace unos dos años, la nostalgia dejó su sitio a la contundencia del problema social: la desigualdad y la injusticia se manifiestan contra los indígenas. Las frases de su poema «Estela de dos confines», escrito en los setenta, siguen siendo reales: «se encadenaron el terror y la pobreza en Oxchuc y en San Bartolomé... matanzas y matanzas dieron paso a la perfidia en Bachajón, y en el Soconusco los finqueros amaestraron el pánico y el crimen.»

«El problema sigue siendo el mismo: una élite formada por los grandes ganaderos y finqueros despoja a los indígenas de lo que les pertenece, con el apoyo del gobierno del estado.»

Los habitantes de lo sagrado

A pesar de que están presentes en las selvas de Chiapas las tensiones de una revolución contenida, los descendientes de los mayas —tzeltales, tzotziles, tojolabales— habitan en el horizonte de lo sagrado, como siempre lo han hecho, dice Juan Bañuelos. «De eso se han olvidado los poetas: habitar lo sagrado.»

«Para los indígenas, el tema primordial de la poesía es el alma y sus peligros. Lo más importante para ellos es no perder el alma, por eso a lo largo del día y en numerosas ocasiones invocan a sus deidades para pedir protección y ayuda.» Calla un instante y recuerda un verso de una indígena tzotzil, que en realidad es una frase que ella dijo como cual-

quier cosa, pero que él recogió como poesía: «Las palabras brotan del corazón y pasean por las veredas de la sangre.»

«En Chiapas todos los indígenas son poetas. La poesía es parte de la vida cotidiana. No hacen diferencia, como nosotros, entre quienes son poetas y quienes no lo son.» Cuando creen que alguno de sus seres queridos puede perder el alma por ahí, en sus andares, a causa de un enamoramiento o de una enfermedad o de una traición a sí mismo o a su propia gente, dicen palabras como éstas:

Vente a tu casa.
Ya vuelve a tu ropa.
Ya retorna a tu pañal.
No tengas miedo de los caminos.
No te asustes de los carros.
Que no se quede enredada tu alma ahí.
Vuelve, vuelve ya.
No te quedes ahí tirada.

Tras una larguísima ausencia, también Bañuelos regresó a su tierra. Si su alma sufrió o se extravió en los caminos del país no es posible saberlo. Pero lo cierto es que el retorno le ha traído la certeza de que ahí, en la raíz viva del indigenismo chiapaneco, está un germen que debe ser tomado por los mexicanos para, al fin, habitar el reencuentro.

Observarlos, escucharlos, «no significa volver a un indigenismo trasnochado; tampoco que todo lo indígena sea perfecto»; pero sí que podemos aprender de sus usos y costumbres, del concepto que tienen de la vida, del alimento, de la familia, de la mujer y de las personas mayores, que son sus grandes consejeros; podemos aprender «de la forma en que viven y construyen su poesía cotidiana».

Y lee un texto que es poesía y es también una oración indígena:

Madre de la noche, no sé.
Madre del mes, no sé.
Madre del viento, no conozco.
Madre del granizo, más o menos.
Madre del maíz, no sé.
Madre seno, no sé.
Madre de la niebla, no sé.
Piedra de la mujer, no sé.



ANGÉLICA JURADO

«...*En Chiapas*
[...] *La poesía*
es parte de la vida
cotidiana...»

Piedra de la tierra, no sé.
Piedra del agua, no sé.
Piedra del fuego, no sé.
No sé nada de estas cosas.
Mi padre está muerto.

Para ellos resulta imposible separar la literatura de la vida. También para Bañuelos. Desde su primer libro ha estado presente en sus palabras el conflicto social. De él dijo Rubén Bonifaz Nuño: «Se mira como parte de multitudes innumerables de mutilados a las cuales él llama el pueblo», y en ese ámbito, «advierde que es suya la facultad de alzar la voz en representación de quienes no la tienen».

Por ello, es explicable que Bañuelos señale que «la poesía de México tiene que cambiar. No podemos seguir adorando a Baudelaire, Quevedo o los norteamericanos, por muy buenos que sean, cuando tenemos aquí nuestras raíces vivas. Tenemos que volver a las fuentes».

—En cuestión de poesía, tú has sido un mestizo.



ANGÉLICA JURADO

« ...La cultura
indígena está
trasminando
nuestras vidas... »

—Pero hace falta más: reciclemos lo que estamos viviendo todos los días. La cultura indígena está trasminando nuestras vidas; está presente en nuestra manera de comer, de vestir, de ser. No es un rescate, porque esto está vivo. Está aquí. Sólo hay que verlo. Aprender de ellos. Volver a la raíz.

Este nuevo contacto con Chiapas y con los indígenas ha influido en su poesía, transformándola, reconoce. Para demostrarlo, su voz exacta da lectura a uno de sus recientes textos inéditos:

Madre seno
santa caja parlante
palpitación de los vivos
madre hormiga, sendero de ocote
delante de ti misma va el copal.

Padre fuego, ojo de colibrí,
diente de colibrí, humo de abeja
licor florido
que se vuelva amarilla la luz de la luna

amarillos los párpados del río
bajo la tarde, mortajado sea el sol
en la boca de la tierra.

Aunque el tono no es muy diferente al de otros de sus mejores poemas anteriores, se percibe en él un nuevo instinto: encontrar en sí la voz de una raza que ahora resucita. Ya antes, como lo señala Marco Antonio Campos, lo había intuido: «La sangre de los abuelos, los fantasmas de las estelas, los desdichados y los olvidados de la tierra, y los alegres que amaban a una mujer, acompañan a Juan.»

También el poeta irremediabilmente ha sabido que en él convergen su vocación de chiapaneco y de escritor:

Juan me llamo
No soy nadie
Y soy el pueblo
fui gemelo y por dos me voy muriendo.

Agustí Bartra, en el prólogo de *Puertas del mundo*, ya vislumbra lo que fraguaba Bañuelos: «Lo rodean los dioses telúricos, mientras interroga la huella del viento en su alma y la estrella de Quetzalcóatl baja a endulzar en sus labios el canto del hombre.»

Quizá el propio poeta, sabiendo esto, pero sin la conciencia de ello, escribió en su poema «Donde los dioses son más viejos que los astros»:

He aquí mi rostro de fulminado
Intacto. Como un remordimiento.
Mientras gime el bambú bajo
[el viento amarillo de su peso.
Dime, luna, ¿seguiremos creciendo
con los huesos invitados de la muerte?
¿ha de seguir cayendo esta lluvia
atrapada por el pánico?

No seremos la honda de la piedra.
Y a menudo y en el amanecer
oirán cómo a golpes de machete
van cayendo estas palabras:
Yo nací en el Sur
donde el mundo es reciente
y el dolor es antiguo.

Centro Cultural
CASA VALLARTA

UN ESPACIO MÁS A TU CONOCIMIENTO



Exposiciones de:
Pintura ★ Fotografía ★ Escultura
Videos ★ Música ★ Café

Av. Vallarta 1668 ★ ☎ 615 49 30

Poesía chicana actual: una búsqueda vigente

Fernando Xáuregui

Los poetas incluidos en esta breve selección han sido antologados en su país. No forman parte de escuela o grupo alguno; lo más común es que trabajen de manera aislada o en la oscuridad, tal como lo sugiere el libro de Jimmy Santiago Baca titulado *Trabajando en la oscuridad: reflexiones de un poeta del barrio*.

En México, mucha gente cree que los poetas chicanos escriben en español. Esta desinformación es parte de una fallida visión de lo chicano perpetuada por publicaciones esporádicas y, más bien, superficiales. En Guadalajara, por ejemplo, se han publicado selecciones de «nueva poesía chicana» que incluyen poemas escritos hace casi tres décadas. Nada tienen que ver con la poesía actual.

La poesía chicana más reciente ha buscado dejar atrás lo panfletario y retórico; ahora cabe perfectamente dentro de los cánones de la poesía estadounidense contemporánea. El inglés se utiliza casi en exclusiva, quedando el español, e incluso el bilingüismo o interlingüismo, prácticamente en desuso. Cuando se presentan elementos de etnicidad, es de manera indirecta o velada. Atrás han quedado los estereotipos del pachuco y su barrio, así como las fantasiosas figuras míticas del indígena y de México.

Aunque para esta selección no se buscaron poemas que ejemplificaran una característica «típica» de la poesía chicana, sí encontramos rasgos recurrentes: la mayoría de los poemas son anecdóticos, anclados en la experiencia personal (ya no comunitaria), lo que conlleva una serie de elementos complementarios, como el tono conversatorio, la verosimilitud y una temática correspondiente a lo cotidiano: la familia, la religión, la infancia, la sexualidad (tratada sobre todo por las mujeres) y el pueblo o la ciudad natal.

Por desgracia, y tal vez por tener como marco la poesía oral, espontánea y anti-academicista animada por escritores como los *beat*, los minimalistas o Charles Bukowski, hay poca reflexión respecto de la poesía. Encontramos pocas *Ars poéticas*, pocos poemas que abordan a la poesía como temática principal. También, por su carácter narrativo, las imágenes y los recursos poéticos son escasos.

La poesía chicana ha encontrado un nicho en la poética estadounidense contemporánea, pero todavía no es de las más sustanciosas ni de las más propositivas. La búsqueda sigue vigente. Sin embargo, aun siendo éstas las condiciones, sabemos que la Poesía (que no es lo mismo que poemas) no necesita de presentaciones ni anexos, por lo que confiamos en que sobrarán estas palabras tras la lectura de sus paisanas ya traducidas.

Fernando Xáuregui (Los Ángeles, 1974). Estudió letras en la Universidad de Guadalajara.

Poema originalmente publicado en The Kenyon Review (tomado de Grand passion, the poets of Los Angeles and beyond, eds. Suzanne Lummis y Charles Webb, Red Wind Books-Los Angeles Poetry Festival, Los Angeles, 1995). Ybarra también ha publicado poemas en varios periódicos y revistas de Estados Unidos, así como la novela The pink rosary.

Smokey (fragmento)
Ricardo Means Ybarra

*Poco a poco me voy acercando a ti
poco a poco la distancia se va haciendo menos.
Qué bonito es querer como quiero yo.*
José Alfredo Jiménez

Poco a poco me voy acercando a ti
poco a poco
mi nombre
mi grafiti
la placa de aerosoles
ya no se limita al Este
encajonado por las autopistas y el río de Los Ángeles
mi nombre ha llegado hasta tu vecindario
está en la pared de tu jardín,
lo cubrirás
con brochazos repentinos
pero después de que se seque la pintura blanca
aún permanecerá allí (en ellos)
bajo la pintura seca,
lo sabrás presintiéndome en los muros
Chuy, Smokey, Flaco llegaron hasta tu casa.
Poco a poco, qué bonito es querer como te quiero yo
poco a poco la distancia se va haciendo menos

[...]

Mi nombre es Arturo Jiménez, alias Smokey
pa' mis compas.
¿No me conoces verdad?
Me dieron un tiro en el pecho durante
una fiesta de cumpleaños
3 días después de la golpiza a Rodney King
3 días después de un viaje en familia
3 días después de regresar con la novia.
Me dejaron tirado en la acera, dizque por la muchedumbre
sin permitirle acceso a la ambulancia.
No estoy seguro pero creo que ya había muerto
porque solamente recuerdo a la Virgen
intentando tranquilizar al policía
intentando inmovilizar el gatillo,
diecinueve años de edad.
Poco a poco, me voy acercando a ti.

Memoria de la mano

Ray González

La mano recuerda lo que ha sopesado,
el puño de su verdad se encaja en los nudillos

amoldándose al ritmo de las cosas que quisiste
aligerando su memoria para permitirte

estar solo cuando
no lo estás

obligándote a salir, a cuidar
de esa memoria inventada por tus manos,

el recuerdo del brazo de tu padre
que nunca tomaste

para ayudarlo a cruzar la calle
en que lo dejaste partir,

sin decirle adiós,
sin enseñarle el puño cargado de odio,

la mano agoniza por lo que ha contenido,
vaho limpiándose sus dedos como el humo

con el cual escondiste tu sabiduría
del lenguaje de los mudos, movimiento de coyunturas,

de palmas y dedos esforzándose por deletrear
el instante silencioso

en que lograste palpar lo que habría
de huir de tu alcance

—un leve deseo, una espalda desnuda
la pequeña cordillera de la espina dorsal elevándose

para recordarte que la mano se aferra a la poca carne,
y que desconoce de la piel excepto las líneas

de su propia mano, las grietas profundas donde
habita el peso de la remembranza.

Poema originalmente publicado en la revista The heat of arrivals, Broken Moon Press, 1994 (tomado de Paper dance, 55 Latino poets, eds. Víctor Hernández, et al., Presea Books, Nueva York, 1995). Ray González es autor de tres libros de poesía: From the restless roots, Twilights and chants y The heat of arrivals. Ha editado más de diez antologías de literatura hispana en Estados Unidos. Acaba de publicar un libro de ensayos, Memory fever: a journey beyond El Paso del Norte. Vive en San Antonio, Texas.

Poema tomado de After Aztlán: Latino poets of the nineties, ed. Ray González, DRG Publisher, Boston, 1992. Herrera es autor de varios libros de poesía, incluyendo Rebozos of love, Exiles of desire, Facegames y Afrílica. Es catedrático en la Universidad Estatal de Fresno, California.

Estas palabras ahora son sinónimos

(fragmento)

Juan Felipe Herrera

Pienso en mi madre. Pequeña vetusta —curaba
los pájaros callejeros frotándoles hierbas,
esperó mi regreso durante 19 años. Y nunca se hizo.
Yo he leído acerca del hipotálamo, esa complicada red
[del cerebro].
Y mis amigos también utilizan palabras como éstas:

Producción literaria
Arte feminista
Ideología —Las clases desfavorecidas

mientras nuestras pequeñísimas señoras se encogen
y mueren sin nosotros. Nunca decimos sacrificio.
[Nos huele a religión].
Mi tía Lela está atrapada en su cuarto de segundo piso,
[encima de un restaurante
corriente. Tiene 84 años y cuando intenta caminar cae
sobre el concreto y sus piernas desvanecen.
Le digo que use bastón como lo hizo mi mamá.

La gente no gusta oír de esas cosas, dicen que la poesía debe
tener curvas suntuosas en su centro —no te quejes,
[me dicen].
Y yo les pregunto si tienen datos más importantes.

En los Estados Unidos
el ingreso per capita es de 27,000 dólares al año
en Malawi, África es de 160 dólares y en Nayarit, México
en tierras indígenas, una taza de calabazas, maíz y semillas.

Estoy sentado en una biblioteca, observo por encima
[de las mesas: árboles,
ventanas en hileras; el poste del teléfono se enmaraña
[de hojas,
la oscuridad trepa por el tronco y hace añicos la luz
[diurna].

Éstos son sinónimos y etiquetas:

Poesía y polvo de tiza.
Horror y humanidad.
Risa y escupitajo.

Le digo a mi hijo —bien, aprende a tocar el chelo,
escucha su vientre y toma tu tiempo, observa y sobrevive.

Para Jaime Sabines

Ernesto Trejo

También Dios ha terminado su jornada.
Las calles de Tuxtla están vacías
como las botellas de ron blanco
después de la fiesta.
Los grillos cantan con discreción.
Hay demasiado silencio.
Los muertos salen
susurrando secretos a los oídos de las muchachas
y las batas nocturnas se enfilan a los campos
donde bueyes trastabillan entre la crecida maleza.

Quizá esta noche algunos campesinos han conocido
la muerte en su sueño.
Quizás mañana sus cuerpos sean ofrecidos
a los buitres.
Y no tendrá importancia
porque en este país nadie está seguro
de nada.
En este país es mejor beber
y olvidar.

Tú estás casi ebrio,
casi convencido de que en tus manos han brotado verrugas,
y piensas en tu hermano y en el oscuro
río que los separa.

Pero estas cosas no existen
en tus poemas.

¿Quién dijo que la vida sería fácil?
Apaga tu cigarrillo.
Déjate emparar por la noche húmeda y caliente,
como una estrella sin esperanza y a la deriva.

Poema publicado en Entering a life, Arte Público Press, 1990 (tomado de After Aztlán: Latino poets of the nineties, op. cit.). Ernesto Trejo estudió en el Programa de Creación Literaria en la Universidad Estatal de Fresno, California. También estudió literatura en México. Murió en 1991.

Poema originalmente publicado en Soujourner: The Women's Forum, 1990 (tomado de After Aztlán: Latino poets of the nineties, op. cit.). Ana Castillo es autora de dos novelas, entre ellas Sapogonia; también tiene un poemario, My father was a Toltec. Vive en Nuevo México.

Seducida por Natassja Kinski

Ana Castillo

Siempre me atrajo Natassja Kinski.
Mi amiga de La Sorbona y yo vimos su filme más reciente.
Por todo París había rótulos gigantesco: Natassja
[—sus piernas abiertas,
la cabeza de su amante perdida entre ellas.

Vi París, Texas dos veces, viví con
la eterna memoria de esos labios
mordiéndome la fresa en Tess.
Gracias, Roman Polanski.

Mucho tiempo después de lo de Natassja Kinski,
estoy en Chicago de vacaciones. Estoy hecha un átomo
en un constante inatrapable fluir y de repente mi bufanda
se desliza de mi cuello. Es ella.

Se ha desecho de su chaqueta negra de la KGB; sus oscuros
ojos de fondo de mar me escudriñan, y sí, allí está
[esa boca...

Bailamos, y yo evito su mirada.
De todas las formas posibles trato de escapar de sus ojos,
de su boca, su sonrisa, su determinación, jala
[de mi bufanda
acercándome, el vino barato, las luces, una invitación
[a cenar.
—Ven a mi casa conmigo. Es sólo una diversión—, me dice.

Bailo otra vez con sus amigas. Estoy de turista en mi
pueblo natal y las muchachas no quieren que me aburra.
Y pienso —Creo que me iré con alguien más—.
Pero me encuentro sentada en la oscuridad.
—¿Qué quieres, mi dinero? —. Con soberbia me recuerda
que tiene más dinero que yo. Soy escritora, todo mundo
[lo tiene.
Cuando bailamos, soy una fresa madura, a punto
[de estallar,
entregada, y ella ha ganado.

Al despertar nos aseguramos, la una a la otra,
que nunca antes hicimos algo semejante.

El domingo no cenamos fuera como habíamos planeado.
En vez de eso, bebemos champaña
y Natassja me jura que me desea para siempre.
Sin poder rehusar su boca, llorando, demasiado triste
[para hablar,
susurro —te llevaré conmigo—.
Como si realmente pudiera haber dicho otra cosa.

Por la noche

Jimmy Santiago Baca

Recostado en mi cama
escucho el pulso del agua
surgiendo por el canal,
de un extremo al otro abunda el agua.
Un torpe muchacho campesino
va tropezando con los leños y los neumáticos
hacia el encuentro de una amante
que espera en la casa de sus padres,
con la ventana abierta.

Igual fue para mí su encuentro.

Ahora con el pelo entrecano,
las mejillas vigorosas, la frente curtida y los labios resecos,
con los ojos abismales, pensativos
estoy suspendido en la oscura melancolía de las corrientes
fatigadas de la memoria,
y esta noche estudio
mi rostro en el agua
con la distante devoción
de un nadador que ha olvidado cómo nadar.

La vista de los monaguillos

Alberto Ríos

Antonio me dijo en el catecismo
que la parte blanca del ojo
es para captar el bien, y la

Poema publicado en The black mesa poems, New Directions Publishing, 1989 (tomado de After Aztlán: Latino poets of the nineties, op. cit.). Jimmy Santiago Baca es uno de los más conocidos poetas chicanos. Entre sus trabajos se encuentran los poemarios Inmigrants in our land, Selected earlier poems, Martín & Meditations on the South Valley y The black mesa poems. Tiene un libro en prosa, Working in the dark: reflections of a poet of the barrio. Vive en una granja cercana a Albuquerque, Nuevo México.

Poema publicado en Whispering to fool the wind, Sheep Meadow Press, 1988 (tomado de After Aztlán: Latino poets of the nineties, op. cit.). Alberto Ríos es un reconocido poeta,

entre sus poemarios están, además, Five indiscretions, The Warrington poems, y Teodora Luna's two kisses. Es director del Programa de Creación Literaria en la Universidad Estatal de Arizona.

pequeña parte negra es para
ver el mal —su mamá se lo dijo
y ella es viuda y por lo tanto
es una autoridad en tales asuntos.
Por eso los niños no deben
salir en la noche, y por eso en la noche
las muchachas se desvisten y
caminan por sus recámaras o
brincan sobre sus camas o
calzan sólo sandalias y permanecen
atentas al pie de sus ventanas.
Yo era el monaguillo que sabía
de estas cosas, cuya misión
algunos domingos era hacer que
mientras las personas se hincaban
para la Santa Comunión,
recordaran la noche anterior.
Para evitar que Cristo cayese
sostenía un platillo metálico
bajo sus barbillas, y arrastraba
mis pies en la alfombra
roja y gruesa del altar,
en espera del momento preciso:
del platillo a la barbilla, estoico
les otorgaba el Santo Espasmo Eléctrico,
del tipo que produce un profundo
atragantamiento y hace que la
gente reflexione.
Para mí era justicia.
Pero había otros domingos
en que el fuego de mis ojos
era diferente y cambiaba mi
misión.
Sostenía con demasiada presión
el platillo contra esos mismos
rostros titubeantes, y yo autoritario,
miraba lentamente los escotes
de esos suaves vestidos blancos.

LETRAS DE COLOMBIA

Dos relatos

Jineth Ardila

La pobre viejecita

¿Así que eso le dijo? Es un mitómano. Cuatro años he tenido que soportar que vaya por todos lados preguntando esa historia estúpida. Si tanto se avergüenza entonces por qué no se larga y me deja a mí morir en paz. Porque hay que ver la vida que me da. Llega todas las noches borracho y pone su maldita música a todo volumen sólo para torturarme. Sabe que yo tengo un sueño frágil y que después de despierta me es imposible dormir. ¿Por qué no se va a terminar sus fiestas a otra parte? Porque quiere torturarme, como si yo tuviera la culpa de que él sea un impotente. Sí, así como lo oye. Hace cuatro años que no es capaz de tocarme un pelo, porque no puede. Los tres primeros años sí teníamos sexo. Bueno, sexo es mucho decir. Es el hombre más joven que he conocido, pero el peor amante que me ha tocado. Yo me casé tres veces. A dos de mis maridos los tuve que enterrar. Aparte de la pensión de uno de mis difuntos, no me queda sino esta casa donde vivo, y espero morir un día sin ese tormento de hombre que ahora me acompaña. Loco es que se va a volver si sigue como va. Ya lo he de ver hecho un degenerado, alcohólico y drogadicto, y solo, completamente solo. Porque qué mujer va a querer un hombre al que no se le para. Así como le digo, después de cuatro años para qué venirme con tapujos o con metáforas sobre ese asunto. Aquí ha traído otras mujeres que a leguas se ve que no son decentes. Las trae de allá, del sitio de los tangos, a donde no me lleva porque se avergüenza. Pero yo no lo dejo en paz. Si me despierto y lo veo con mujeres hago todo para aburrirlo: le corto la luz, le cierro todas las puertas con llave, y si eso no es suficiente, les digo a las mujeres que se larguen por donde llegaron, que ésta es una casa decente, que si quieren estar con ese infeliz impotente que se vayan a buscar pieza a otra parte.

Jineth Ardila (Santander, 1973). Estudió literatura en la Universidad Nacional de Colombia.

Les digo también que yo no soy la mamá, como él les ha hecho creer. Líbreme el cielo de haber traído al mundo a un engendro como ése. Y dizque tiene veintiocho años, el muy mentiroso. Eso le dijo, ¿no? Pues tiene treinta y cuatro cumplidos. Ni que no se le notaran al muy imbécil. Dígale usted, m'ija, que se vaya de mi casa y trate de hacer vida en otra parte. Él no necesita vivir aquí, porque buena plata sí gana. ¡Qué me va a querer! Lo que quiere es matarme. Me odia y me culpa de sus desgracias. A veces me pega. Míreme cómo estoy de vieja, que ya casi no puedo ni caminar, y así y todo me pega cada vez que le canto sus verdades. Si alguien pudiera ayudarlo. Ese hombre lo que necesita es eso, ¡ayuda profesional! Véalo usted misma. Borracho como una cuba. Ayúdeme a llevarlo a la cama, que ahí le va a dar una pulmonía. Ayúdeme a desvestirlo, porque yo sola no puedo. Tranquila, que ése no se despierta con nada. Aunque no sería mala idea que lo hiciera. A mí en todo caso no es que me haga falta que me toque como antes lo hacía. Yo, la verdad, todavía lo quiero y daría lo que fuera por una última noche con él. Quizá usted nos pueda ayudar. Las otras mujeres sólo pensaban en el dinero. Yo le doy lo que me pida si deja que él la toque o la vea mientras trata de hacerme el amor. Díga que sí. Hágalo por mí, una pobre vieja como soy. ¿No le parece?

Una vez en la vida

Al menos una vez en la vida uno tiene que hacer una cosa así, se repite la mujer mientras pega su cara a la ventana del taxi e intenta relajarse en el asiento de atrás, mirando las luces de la avenida, que desfilan rápido, una detrás de otra, altas, monótonas y amarillas. Para ella la ciudad nocturna es únicamente esas luces que se repiten a intervalos iguales. Y aunque odie la avenida por parecerse demasiado a su vida, le entusiasma la comparación porque sabe que más adelante el taxi tendrá que voltear e imagina que el día señalado es éste. Que dará la vuelta en la próxima esquina y entonces todo será diferente... Tiene los dedos de los pies dormidos. Se descalza y se inclina para estirar las medias y liberar los dedos de la presión. Mira sus piernas. Siempre le ha gustado entretenerse viendo cómo las medias de seda suben por sus piernas y el color de su piel va cambiando con ellas encima. Se vuelven cafés. Café brown, su color preferido. Vuelve a mirar por la ventana, pero ya no atiende a las luces de la avenida, que siguieron repitiéndose a la vuelta de la esquina.

El bar hacia el que se dirige es ideal para lo que quiere.

Salir a hacer un levante, como dicen ellos. Mientras todavía sea atractiva, mientras la piel sea suave y el rostro no delate el aburrimiento con todo. Hacer un levante como tal vez su marido lo ha hecho, porque a nadie tenemos que decirle que nosotras somos iguales, que tenemos los mismos derechos que ellos. Ya no es hora de exigir, es hora de tomar lo que queremos. Al menos una vez en la vida nosotras tenemos derecho de hacer una cosa así. Tantas veces ha tratado de decírselo. Tantas veces en que ha querido que él le haga el amor, y él no se ha dado cuenta. Tantas veces en que la ha mirado de soslayo y como si nada, mientras ella se desnudaba o se vestía demorándose a propósito para darle tiempo de que la deseara. Tantas veces en que ha necesitado un abrazo suyo que le saque todas las ideas que se le han ido metiendo en la cabeza. Y por todo eso, por no saber o no querer saber lo que ella deseaba, por vengarse de él, ha decidido que al menos una vez en la vida tiene que hacer una cosa así: ir a un bar, escoger a un hombre que le guste, acercársele y estar dispuesta a todo con él.

El taxi se detiene en un semáforo. Ve a un hombre parado al borde de una acera alta, mirando hacia el piso como si hubiera un abismo frente a él. Tal vez la idea del suicidio lo ha puesto al borde de la acera, que para él es un abismo, y ella cree intuir el vértigo en la mirada del hombre, que se fija al suelo. Siente un deseo ridículo de bajarse y salvar a ese extraño que ahora ha levantado un poco la mirada y ha tratado de mover un brazo para hacerle una señal de «pare» al taxi en el que ella va. Lo ve tambalearse y descubre que el hombre está borracho.

Entra al bar y busca un rincón lo suficientemente oscuro. El mesero que la sigue le sirve un trago y le enciende un cigarrillo. El cigarrillo, delicadamente cogido entre dos dedos largos, va y viene de la boca al cenicero, mientras su cara descansa en el hueco de la otra mano. Debe tener muy claro con qué clase de tipo se quiere ligar. La elección del bar le ayuda mucho. Allí sólo van profesionales y estudiantes universitarios. *A los estudiantes es mejor dejarlos quietos. Casi nunca están solos. Ellos vienen con sus novias y con ellas enfrente no hay nada que hacer. Nada que hacer con esos cuerpos metidos en esos jeans apretados que les quedan tan bien.* Imagina que no es fácil encontrar a un hombre solo. *Habrá que tener paciencia y esperar, porque los hombres nunca son puntuales, ni siquiera en el caso de que no se los esté esperando.* Saca de su bolso un espejo de mano. *El rímel es indispensable para que tus pestañas se vean gruesas y pesadas cuando cierres los párpados y para que cuando los abras, se vean como los ojos en las*

plumas de un pavo real; los labios deben quedar rigurosamente delineados; el cabello bien peinado, preferiblemente con las puntas dobladas hacia adentro y la frente descubierta; el perfume suave, los zapatos en cuero de ante negro, el traje ligero y de una sola pieza; las rodillas descubiertas y el escote. Provocativa pero no evidente.

Observa al hombre solo que acaba de entrar. Puede ser cualquier cosa. Él apoya los codos sobre la mesa y enciende un cigarrillo. Se mira las manos. Tiene el pelo ligeramente ondulado y parece cansado. Mira el reloj. Por el movimiento que hacen sus piernas debajo de la mesa, parece ansioso. Después de observarlo un rato más, piensa que es hora de decidirse. Recoge su trago y se levanta lentamente. Mientras avanza, lo mira, se detiene junto a su mesa, corre una silla, se sienta y le sonrío.

—¡Hola!

—¿Hola? Llevo quince minutos esperándote

—...

—¿Qué hacías en ese rincón?

—...

—¿Qué ocurre contigo?

—Nada.

—Cómo que nada. ¿Te estás volviendo loca?

—No exageres. Sólo quería jugar un poco.

—Cómo que jugar. Si no querías venir conmigo, hubieras podido decirlo esta mañana en casa.

—No, no es eso. Y no ocurre nada nuevo conmigo.

—Entonces explícame tu juego.

—Olvidalo

—... Me trae la cuenta por favor. Lo que pidió la señora también.

Cuatro poemas *Fernando Herrera Gómez*

Las pestilentes calles de Hong Kong

Las pestilentes calles de Hong Kong
dejarán llegar a tu oído músicas de Oriente.
Estarás absurdamente lejos de mí
pero sabrás que aquella música
es el sonido de un rebaño de cencerros
y entre el bullicio y los enloquecidos comercios
acaso recordarás la tarde
que pastoreabas conmigo por el campo.

El espíritu silvestre

No es de su dueño este jardín;
ni de las manos que juiciosamente lo cultivan.
florece aquí los anturios por sí solos,
y las zarigüeyas, que trabajosamente recorren
las ramas del pisquín que se recorta en el poniente,
devoran las frutas de los árboles
sin consentimiento de nadie.
Aquí los grillo y las cigarras crecen en los matorrales
y alborotan a su antojo en el día y en la noche.
Aquí los pájaros hacen sus caprichosos nidos
en las altas copas de los gualandayes,
e incuban en ellos sus preciosos huevos jaspeados,
y trinan aun en la tarde somnolienta.

Aquí las pardas hojas secas del yarumo
caen perezosamente como torcazas muertas sobre la hierba,
y las ardillas de pelaje encendido
roen la corteza del fruto opaco del almendro
y no hay quien pueda impedirlo.

Sobre este jardín pasan haciendo sombra las nubes,
y es inútil tratar de alejarlas.

No es de su dueño este jardín.
Desde las ramas de los árboles, bajo la hierba,
cabalgando en insectos y aves,
dioses traviesos y justos ríen de buena gana.

Nora Ceballos

Hay una luz distinta
que ilumina todas las cosas.
Envuelta en ese opaco resplandor,
tú te abrazas no importa a quién
queriendo que la noche dure.
La noche, la que no juzga, la que propicia,
la que febrilmente hermana todos los pecados.

Pero al llegar la mañana,
tú estás desnuda al pie de una ventana,
mirando cómo pesan más
las lágrimas que la alegría,
en la implorante balanza
de tus manos,
dónde sólo existen,
en verdad,
el amor y su mentira.

Plegaria

Que tu comprensión del mundo
sea amorosa, pero nunca sensata.
Que nunca te abandone la torpeza
y que la rabia se complazca contigo.

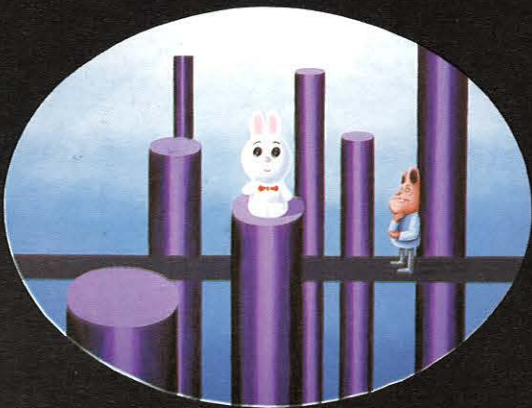
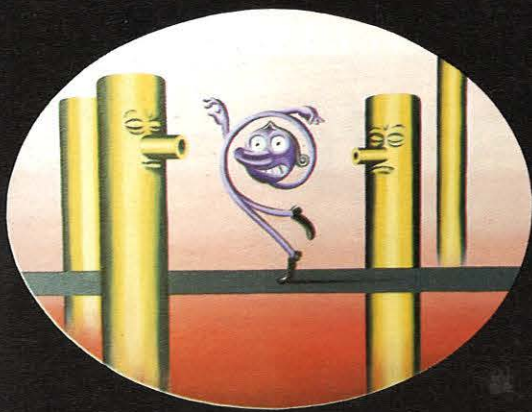
Que aturdido, como un pájaro
que ignora el cristal que le niegan los jardines,
insistas en desafiar las leyes del Universo.

Que perdido, como un salvaje
que sabe que toda la selva es su casa,
hagas también de la zozobra un cálido lecho.

Que sea la muerte tu único posible perdón
y sosiego.

La representación de una realidad virtual: Alejandro Ramírez





Incursioné en el arte a finales del 86 de manera muy libre. Fue directamente en la pintura, que me resultaba un medio natural ya que antes había tenido experiencia con el dibujo y con el color. Estuve trabajando así, de forma autodidacta, hasta el 89, en que me fui a estudiar pintura a Estados Unidos.

En la prepa me la pasaba dibujando durante las clases. Como en los recreos me aburría mucho, me iba a la biblioteca a ver libros de arte. De este modo conocí a Picasso y a Matisse. Como vi que era muy limitado mi conocimiento, empecé a investigar más, a ver reproducciones de obra de Chagall, de Kandinsky, de los modernos, sobre todo. De manera simultánea comencé a dibujar más y de una forma más seria, a hacer dibujos anatómicos y composiciones más intencionadas, casi como para ver qué era capaz de hacer. La pintura fue un salto lógico: un día fui a comprar vinílicas, coloqué un periódico en la pared y me puse a pintar, sin tener realmente idea de lo que iba a hacer. Con el tiempo fui encontrando ciertos lenguajes, me di cuenta de que cada vez controlaba mejor los materiales, y encontré poco a poco mucha satisfacción en esta actividad.

Como empecé de una forma libre y autodidacta, mi actitud era antiaacadémica. Todavía en la prepa, me la pasaba programando en las computadoras. En ese entonces quería estudiar ingeniería en sistemas; tenía yo algo de científico, pero poco a poco la pintura me fue absorbiendo cada vez más. Llegué a la conclusión de que el arte era un medio más abierto, más universal y se adecuaba más a la expresión personal. De repente experimenté una libertad que no había sentido, desde sensaciones visuales, hasta la posibilidad de expresar sueños o fantasías: el misterio de la vida. Pero, en realidad, nunca me metí mucho en la ciencia, más bien siempre he estado con un pie en cada lado.

Durante mi estancia en la Escuela de Artes de Rhode Island aprendí poco sobre los aspectos más técnicos de la pintura, algo de anatomía y un poco de la jerga que usan los pintores. Más bien asimilé actitudes; sobre todo me di cuenta que tenía que trabajar muy duro. También fue positivo el contacto diario con otros estudiantes, porque podía ver en





qué rollos andaban metidos, y también me abría un poco la cabeza en cuanto a otros gustos, perspectivas y posibilidades.

Tuve mi primera exposición individual bastante pronto. Fue en 1988, en Magritte, la galería de Rogelio Flores, aquí en Guadalajara. Yo tenía apenas un año pintando, pero a Rogelio le gustó mi trabajo y me invitó. Esa exposición me emocionó mucho, y me fue muy bien, ya que vendí la mitad de lo que expuse. Eso me estimuló y me dio mucha confianza para seguir adelante.

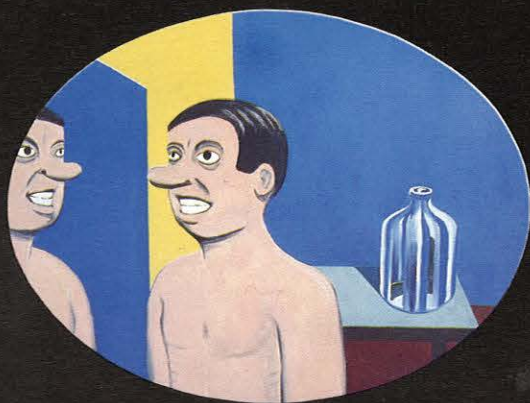
Me gustaría profundizar más en el campo de la ciencia y la tecnología. Me interesa mucho la geometría, la astronomía, las matemáticas, la física en general. Quisiera usar estos conocimientos en combinación con el arte, usarlos como un medio más de expresión. La tecnología y el conocimiento científico abstracto me interesan, pero los considero sólo como una herramienta y, si la puedes aplicar al arte, se vuelve entonces un asunto fascinante.

La combinación entre la ciencia y el arte está presente en mi trabajo. He hecho varias piezas utilizando la computadora (una computadora viejita, hoy completamente obsoleta). Lo que hago no interesa tanto a la tecnología porque no necesito un equipo moderno y sofisticado para lo que quiero expresar.

Veo mis últimos cuadros como la representación de una realidad virtual por medio de la pintura. A lo mejor es un espacio imaginario que pudiera ser creado también por una computadora, con personajes a la manera de las gráficas de un juego de video. El resultado son espacios creíbles, pero que en muchos casos son físicamente imposibles: hay objetos que están flotando, o figuras que no pueden existir en el mundo real. Actualmente estoy trabajando en una animación digital con esos mismos conceptos y personajes.

Siento que las posibilidades del arte contemporáneo (pintura, instalaciones, *performance*) pueden ser vistas como señales que apuntan a algo, hacia cierto tipo de conocimiento. Esa dirección hacia el arte está presente en la ciencia y la tecnología, las cuales, evidentemente, también te pueden conducir hacia un conocimiento, y en algún momento se pueden cruzar. Lo que intento es encontrar el pun-



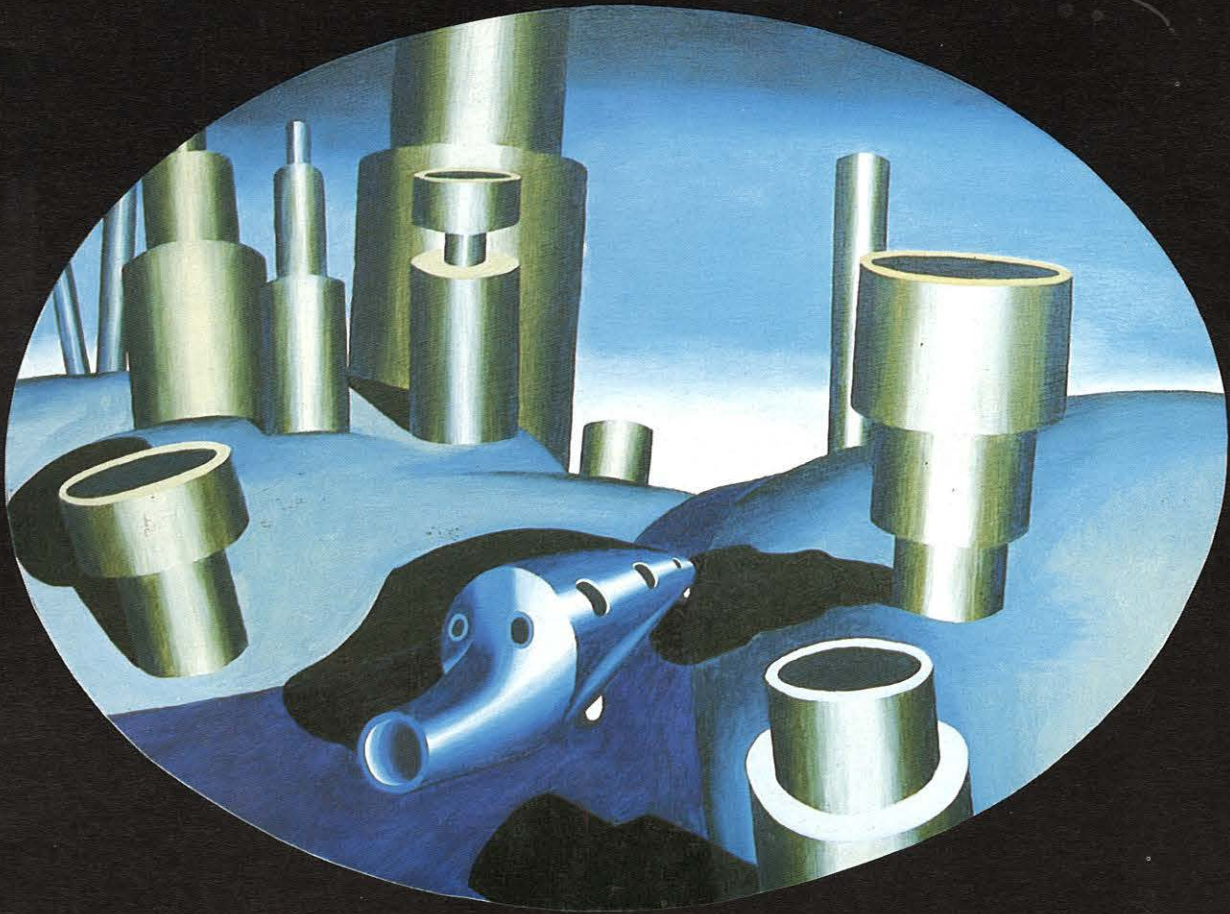


to donde se entrelazan esas dos direcciones, como una forma de expresar que una puede auxiliar a la otra. Estoy convencido de que no hay ruptura entre estas dos dimensiones: la ciencia puede auxiliar al arte en el conocimiento del mundo y de la realidad física, que, en última instancia, está íntimamente ligada con fenómenos filosóficos, psicológicos, etcétera.

Mis personajes son como juguetes extraídos de algún videojuego o de la misma vida cotidiana; entonces, son atractivos, son divertidos, asumen una actitud *cool*. Me parece también divertida la situación de la que participan: parecen figuras infantiles, imágenes para niños, pero incrustadas en realidades más serias, de ansiedad, momentos que esperan una solución, situaciones paradójicas, medio claustrofóbicas. Se trata de una situación lúdica que de repente deja de ser un juego, para derivar luego en una obsesión, en una enfermedad mental. Esta cualidad que tienen los personajes de ser divertidos, quizá pueda facilitar que el espectador se identifique con ellos, que la atracción que tiene el personaje pueda ponerte en situación, engancharte, como hacen las caricaturas o las gráficas en las animaciones por computadora.

Me gusta mucho ver pintura antigua y cada vez como que le pierdo interés a la pintura moderna (la sigo viendo, pero me identifico más con los flamencos o con los holandeses del Renacimiento que con Jackson Pollock, por ejemplo). Me atraen artistas contemporáneos como Damien Hirst y Mathew Barney, y, sobre todo, me gusta acercarme a la gente que experimenta con medios diferentes, que un día está pintando, al otro hace escultura, luego instalaciones, etcétera.

Las elipses son para mí figuras muy atractivas en este momento. También me interesa la astronomía. Ahí las matemáticas pueden ayudar a describir el universo, aunque siempre están presentes el Principio de Incertidumbre y ese margen de error que es la aleatoriedad, aquello que, aunque quieras, no puedes predecir.





LETRAS DE COLOMBIA

Poema

Álvaro Rodríguez Torres

Sorprendido por la alegría

I

Todo es verdad en la madrugada.
Sigilosa, la luna desaparece o cae,
Y el viento cae sobre la tierra.

II

¿Qué es una estrella?
Un sol, éste que comienza.
Un mundo basta para la mirada;
El alma eterna
Mira desde el segundo que asciende.

III

Hoy es el nombre de mi nostalgia
Y no el pasado:
A ella me atengo.

IV

La duda gira
Como un planeta imposible,
Como una luna inmóvil;
Hoy, no obstante, sólo creo
En la convocación de tu soledad;
Soledad que es convicción
Que no se olvida del alma.

Álvaro Rodríguez Torres (Zipaquirá, 1945). Poeta y traductor. Ha publicado los poemarios El viento en el puente y Recordando a Carroll, entre otros. Ha traducido al español a Vinicius de Moraes, Baudelaire y Derek Walcott.

Dos miniaturas cubanas

El otro dios

Gustavo Fernández Larrea

El tren se acerca. Por las ventanillas se asoman caras alargadas, de un aburrimiento conocido. Recién me descubro arrodillado y me levanto cuan alto soy. Desde arriba el tren parece encogido, de juguete. Muy bien podría arrastrarse por las líneas de mis manos. Les digo adiós. No me responden. No me ven. No pueden. Debe ocurrirme lo que a Dios.

Casa ratón

Arsenio Rodríguez Quintana

Con el asco que le tengo a los ratones. Soñé un día, que alguien trajo uno a mi casa. Lo puso a subir por mi brazo hasta el hombro, donde ya había otros.

No grité, me dio terror que pudiesen caer en mi boca. Mientras él se los iba comiendo, no pude reconocer su rostro, pero de tanto recordar esta historia o recordar las palabras con que la cuento, casi estoy segura de que era mi padrastra quien se ocultaba tras una media de nylon panthy que usé cuando cumplí quince años.

Gustavo Fernández Larrea (La Habana, 1961). Poeta y narrador.

Arsenio Rodríguez Quintana (La Habana, 1961). Narrador.

Monólogos del noctámbulo y otros viajes

Ricardo Sigala Gómez

I

Hay hombres que dedican su vida entera a viajar. Después despiertan y el mundo es ya otro misterio luminoso.

II

Solo. El mundo entero está solo. Poco más abajo de mi sombra todas las distancias perecen en silencio, se ahogan en los mares que albergaron nuestras huellas.

Las aves se han marchado también; fueron a poblar de frutos a otras tardes y no sabrán, no, de tu nombre, ni siquiera de ellas mismas.

La noche es un recuerdo o poco menos, y ayer una palabra para nombrar al mundo.

El mundo está por primera vez solo, solo... Todo el mar está solo, y nadie en este fresco cadáver sabrá de la prisión de tus sueños.

III

Qué estigma vendrá demasiado tarde a la noche de mi no saber qué, ni cómo, ni dónde, ni por qué.

Vivo a la sombra del letargo y algo se niega en mí a echar raíces, ¿alguien —por cierto— me ha visto en los pasillos? Noche es una ausencia que se presenta, es el desierto de las húmedas Danaides. Noche, menesterosa ante quien me prosterno. Todo en torno es noche, todo moléculas de no ser. Noche, eres la negación de algo que no conozco, y con certeza empiezo a diluirme en falsas muertes que tampoco me han mirado de frente.

Ricardo Sigala Gómez (Guadalajara, 1969). Estudió letras en la Universidad de Guadalajara y tiene publicado el libro Periplos, notas para un cuaderno de viajes (Plenilunio, 1995).

IV

Hay un color de noche en derredor y alguien en el perplejo mundo se pregunta por mí, sabe tal vez todo de mí; mas desconoce mi nombre.

He visto la multitud de cosas, la vida de las numerosas razas de los hombres, al conductor de los astros, y en medio de ésta tan demasiada noche, el desconocido viene con el recuerdo excelente de su desconocimiento.

Es probable que no existas. Y pensar, desconocido, que al pensar en mí, de mí todo lo ves.

Que tu recuerdo sea siempre propicio a los que celebramos ciertos misterios.

V

El viaje es un lugar donde los ríos se paran a ver cantar a los astros, un camino en mitad de la vereda.

El viaje ofrece sus tentáculos a los niños que sueñan, y a los que olvidaron despertar. Sonríe a la soledad en la arista más triste del planeta, vive del puede ser.

El viaje habita en los bolsillos rotos, en las calles sin nombre, en los cuerpos ausentes.

El viaje es la hormiga del sueño de anoche, el instante siempre por llegar, el veneno limpio de unos besos, el orgasmo inmerecido.

El viaje es algo que no se encuentra todavía, porque siempre en algún lugar es más fácil renunciar a la vigilia y verlo volar con sus alas de tiempo aterido, hacia el camino donde los seres aún respiran.

Soneto

Dante Medina

*Soneto que explica inútilmente
la difícil relación entre la vida y Cupido*

A veces se nos pone así la vida
Dando la espalda como si indiferente;
Emite un juicio, fingiendo, distraída:
Decreta separar a unida gente.

Ciego y menor de edad, la preferida
Labor del dios Cupido, eternamente
Es divertirse a costa de la vida
De aquellos que separa, indiferente.

Flechas con doble punta de Cupido,
Una en que Amor se enfiesta, da pasión,
Y en la otra que queda malherido.

Cuando se pone así la vida, del corazón
Expulsa la flecha que del amor fue nido
Y nos clava en su sitio la desesperación.

Dante Medina (Jilotlán de los Dolores, 1953). Ha publicado Tola (Tusquets, 1985) y La dama de la gardenia (Fondo de Cultura Económica, 1995), entre otros libros.

lied

Juan José Macías

si se aleja:
 recta abeja
gata en el aire
 airón
ávida vida
 imago
ablución
 doblado hado
labiado viento
 si era:
aérea y nívea
 moaré
nube
 si obnubilaba
nieve
 si envilecía
sol al mirarla
 cera
cuánta cera
 sería
que luciente
 ardía
que vehemente
 ardía

*Juan José Macías. Poeta zacatecano; en 1993 ganó el Premio Ramón López Velarde, con el poemario *Ánima ascua*.*

Renovación

Rosaura Villalobos

Practico el nudismo del alma, y
con el espíritu desprovisto de huesos,
me asiento en los riscos.

Mi cuerpo anida a las estrellas
en transparente agua. De mí
se desprende la oquedad y corre
huérfana por entre las rocas.

Huyen también mi miel y mi hiel
quedando sólo destellos.
De entre las piedras recojo mi esencia
y me vuelvo a conformar.

Empiezo a desandar mis huellas
con pigmentos nuevos.

Rosaura Villalobos (Guadalajara, 1950). Estudió letras en la Universidad de Guadalajara.

Impromptu *Baudelio Lara*

Noche: espejo
táctil

Mano derecha mano
izquierda
sobre las otras
manos tuya
y mía

Tocamos en silencio
una pieza de amor
a cuatro manos

Poema

Guadalupe Ángeles

A David Bowie

Dice que nace de formas oscuras
—la afirmación de la noche
le cala en los huesos,
a su alrededor, figuras no vivas
lentamente se adhieren a su cuerpo
en medio de un aire enrarecido.

No cayó a la tierra un día
desnudo entre niebla.
Nace
siempre
lentamente
y la velocidad de sus frases
sólo ahonda la quietud de su espera,
que deforma su cuerpo en movimientos feroces
(estructuras de cobre antiguo sus piernas, sus brazos).
En su mirada enloquecida grita la razón primera,
la inundación de escombros con que se expresa.

Nadamos ahora
(quienes lo miramos),
en el mar de mercurio que de su traje emana:
deidad multiforme
hecha de tubos herrumbrosos
compuesta por desechos de obras de arte.

Alguien se derrite tras su voz,
algo completamente humano
pide auxilio tras su rostro que se burla
y en el gesto sideral de su brazo
—rematado en una mano equívoca
ave diáfana, casi muerta de suavidad—
se salva a sí mismo:
termina de cantar.

Guadalupe Ángeles (Pachuca, Hidalgo, 1962). En 1994 publicó el libro de cuentos Sobre objetos de madera, en el Fondo Editorial Tierra Adentro.

El encuentro

Alfredo T. Ortega

No podía creerlo cuando la vi, parada en la esquina de López Cotilla y Corona, esperando el cambio de luces para cruzar la calle. ¿Qué hacía en Guadalajara?

No había vuelto a verla en años, y de pronto aparecía allí, con una mochila de excursionista en la espalda, unos pantalones de mezclilla raídos y sucios, y unos huaraches de cuero maltrechos por el uso. Se veía un poco más encorvada y flaca, pero igual su pelo largo, negro y lacio, siempre suelto; su mirada distraída, su figura desgarrada que nunca llegó a ser hermosa. Era como si todavía no hubiese terminado de salir de la universidad.

Toqué el claxon y ella no me hizo caso. Debí suponer que no me reconocería, yo sí que había cambiado. Nada quedaba ya del pelo largo y los jeans de mi vida estudiantil, mi otrora inseparable morral con grecas de Monte Albán hacía tiempo que había ido a parar al cesto de basura, siendo reemplazado por un portafolios de cuero importado. Saco y corbata, peinado de moda, teléfono celular. En nada me parecía ya al bisoño socialista que ella perdió de vista en el decenio anterior. El auto deportivo que ahora ella miraba con fastidio, todavía olía a nuevo. Tuve que bajar la ventanilla y llamarla por su nombre.

—¡No es posible que seas tú! —me dijo, luchando por meter su enorme mochila en el asiento trasero, mientras se elevaba el volumen de las bocinas de los autos de atrás—. ¡Estás hecho una porquería!

Venía de Oaxaca, de algún rincón perdido en la sierra, donde desde hacía varios años ella y sus colegas prestaban servicios a ejidos indígenas. Hasta donde pude deducir, se habían convertido en una suerte de misioneros socialistas, en una vertiente del maoísmo hacia la cual ella sentía incli-

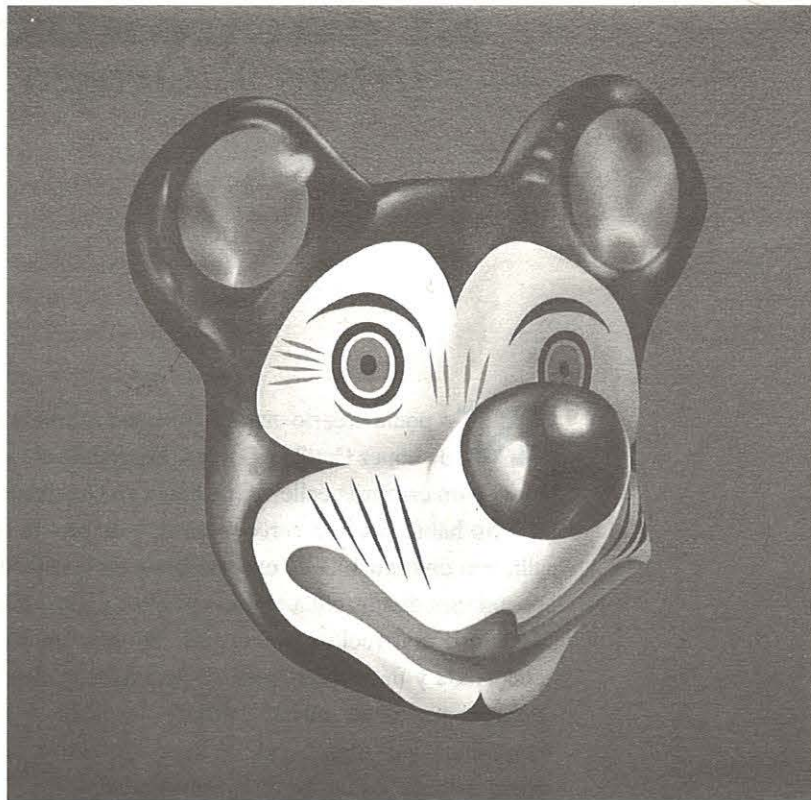
Alfredo T. Ortega (Cosamaloapan, Veracruz, 1956). Narrador. En 1993 publicó el libro de cuentos El cumpleaños de la maniática pirómana, en la colección La Cordillera, de la Editorial de la Universidad de Guadalajara.

nación desde que yo la recordaba. Su entrega a la causa de los desposeídos no era nueva, pero su autoexilio en la serranía oaxaqueña la había alejado del mundo civilizado durante los últimos años.

Estaba en la ciudad para recibir un embarque de herramienta agrícola, destinada a aliviar las penosas faenas del cultivo en las montañas. Herramienta que había adquirido a través de un incierto intermediario, y que había llegado por tren desde la frontera norte, cosa extraña si se la pensaba bien, teniendo ellos tan cerca los puertos de Coatzacoalcos y Salina Cruz. Debía ella supervisar —porque sus hermanos indígenas no sabían leer ni escribir— el traslado de las pesadas cajas del Ferrocarril del Pacífico al Ferrocarril Central, para que fuesen enviadas a México y de allí a Oaxaca, para terminar su largo viaje en algún ejido mixteco de nombre largo e impronunciable.

Todo esto me contaba atropelladamente mientras yo hacía un rodeo amplio alrededor del centro, procurando prestarle atención, tratando de reponerme de la sorpresa y tomar una rápida decisión. Por supuesto que me ofrecí a ayudarla, pero tendría que ser hasta el día siguiente, pues el de hoy era un día singularmente ocupado para mí. Ella venía llegando a la ciudad y no la conocía bien, su único antecedente era una visita fugaz, cinco años antes, para participar en un evento político. No tenía la menor idea de dónde se encontraba la estación del tren, de manera que la llevé hasta allí y le propuse reunirnos para comer. Ella sugirió el Madoka, que era lo único que parecía conocer en Guadalajara. Yo estuve de acuerdo, con esa facha suya no me animaba a llevarla a un buen restaurante.

Después de dejarla le pisé al acelerador, pues aquel día era la asamblea del partido en la que elegi-



rían a los candidatos para las diputaciones federales. Yo conocía de antemano la lista de los agraciados, de manera que no me interesaba lo que ocurriera durante la reunión. Lo que quería era ver a Guillermo, quien había conseguido la designación por el Distrito 23. Yo sería su coordinador de campaña, de modo que además de festejar nuestro triunfo era mucho lo que teníamos que hablar ese día. Pero la repentina aparición de Gabriela, además de haber agitado una parte de mis recuerdos que yo tenía por muerta y sepultada, venía a complicarme una jornada que de suyo ya me iba a resultar difícil.

—Licenciado, permítame felicitarlo —le dije a Guillermo, abriéndome paso entre los que lo asediaban en el vestíbulo al término de la reunión. Escenas similares se repetían alrededor de los demás candidatos recién ungidos.

—¡Hermano! —me dijo, abrazándome con una efusión que sólo yo podía entender—, ahora sí tenemos un gran compromiso con nuestro partido.

Yo le devolví el abrazo. Sabíamos lo que nos

había costado y la fortaleza de los enemigos que nos acabábamos de montar en la espalda. Ser joven y ambicioso no era suficiente para escalar en la rígida estructura del partido, pero la inesperada llegada de un muy querido maestro de la facultad al Comité Nacional nos había permitido tomar la delantera a nuestros contrincantes, algunos de los cuales se acercaban ya, acordes con la disciplina partidaria, a darle a Guillermo el abrazo de felicitación, asumiendo con incomodidad su condición de perdedores. Ya de salida, en medio del tumulto que ocupaba la explanada, me excusé con mi candidato por no asistir a la comida del festejo, pretextando urgente asunto familiar.

—Si es una dama, te lo paso —me dijo, mirándome a los ojos—, pero es la última de la campaña.

—Tienes mi palabra —le respondí, y me escaullí entre los que le acompañaban rumbo al estacionamiento.

La comida en el Madoka fue una experiencia extraña. Había pasado algún tiempo desde mi última relación sentimental, de la que no salí tan bien librado como hubiese deseado, y a partir de entonces mantenía vínculos de orden más mundano con algunas mujeres, pero nada que llegase al corazón. No es que me hubiese abatido un repentino golpe de amor, pero sí me daba gusto volver a ver a Gabriela, después de tantos años, y estaba seguro que a ella le sucedía lo mismo. Suponía yo, con algún fundamento, que no andaría viviendo en aquellos sitios olvidados del mundo sin tener un hombre a su lado, y sospechaba de un antiguo condiscípulo suyo, un individuo torvo y oscuro, radical en extremo, que nunca me inspiró confianza. Pero conociéndola como la conocía, tenía por cierto que aquello no sería obstáculo para que ella y yo recordásemos los tiemposidos.

La observaba mientras charlábamos, entre una y otra interrupción de la mesera. Seguía siendo la misma, si acaso un poco más ajada. Miraba yo su rostro moreno y con pecas, su cabello oscuro que ya peinaba algunas canas. Me preguntaba qué tan acabado me vería ella a mí. No estaba mejor que las mujeres que yo veía por aquel entonces, de hecho, lo admito, me avergonzaba la posibilidad de que alguien conocido me viese con ella. Pero en cambio, Gabriela tenía el encanto del cariño viejo, decanta-

do en los recuerdos y enriquecido por el paso del tiempo.

—No acabo de asimilar que te hayas convertido en un catrín —me decía mientras devoraba con fruición unas enchiladas de aspecto desabrido—. Tú, que eras el crítico más agudo de las costumbres burguesas.

—Hace ya mucho tiempo que esa palabra pasó a la historia —me defendía yo—. ¿Dónde has estado todo este tiempo? Mis alumnos de la prepa no saben qué significa ser burgués.

—Que los estudiantes cada vez sean más ignorantes no te exime de responsabilidad. Estás hecho un maldito burgués. Te aseguro que hasta juegas tenis con tu jefe y tarugadas de ésas. —No le respondí, por supuesto, aunque aquello fuera verdad.

—«Dos de octubre no se olvida», ¿lo recuerdas? —le pregunté con ironía, e hice un esfuerzo por recordar lo que algún día nos había unido.

—No sabes cómo lamento que te hayas convertido en parte de aquello contra lo que he luchado todo este tiempo. No es que me interese lo que hagas con tu vida, pero recuerdo que estabas contra el «sistema».

—Yo me siento mejor que nunca —le respondí—, créeme que es la mejor época de mi vida.

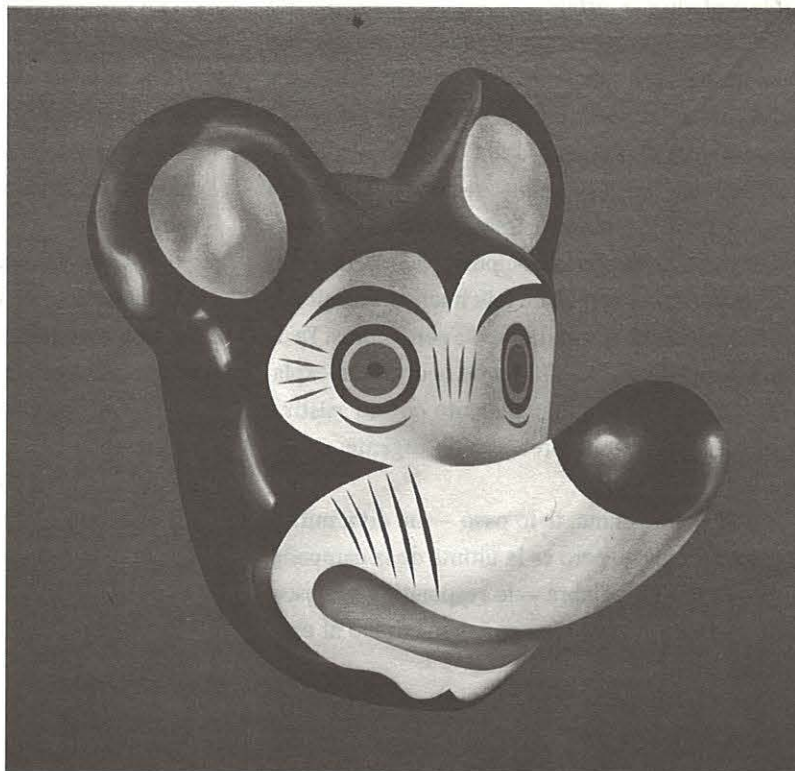
—Yo creo que ya te pudriste hasta los huesos, nomás con pertenecer al partido ya tienes suficiente. ¿Qué no te das cuenta?

—Precisamente eso es lo que me ha permitido llegar hasta aquí, es lo más bueno que me ha pasado en años.

—Pues tú sabrás lo que haces. Yo de corazón lo lamento, preferiría que te hubieras convertido en jesuita. Aunque, la verdad, habría sido un desperdicio, los años te han asentado, al menos estás más bueno que antes. —Le agradecí el piropo y traté de devolvérselo.

La de Gabriela era la relación que mejor sabor me había dejado durante mi vida universitaria, contando que no era la más atractiva de las estudiantes. Compartimos en ese tiempo un cariño fuerte pero no borrascoso ni conflictivo ni turbulento, como otros en los que me vi envuelto años después. La recordaba más que a otras mujeres, debido a un rasgo singular: fue la única relación afectiva en mi vida que terminó por motivos ideológicos. Ocurrió du-

rante una campaña electoral, cuando yo me incliné por la socialdemocracia, deslizándome todavía más a la derecha del ya de por sí «reaccionario» —según lo catalogaban ella y sus camaradas— Partido Comunista, y ella abandonó el leninismo ortodoxo y las lecturas analíticas del *¿Qué hacer?*, para ir en pos del maoísmo más radical que yo había conocido hasta entonces. Aquella corriente descalificaba el proceso electoral en el cual yo participaba, bajo el precepto fundamental de que eso era seguirle el juego al «sistema». Esta postura suya llevó a nuestra relación a un punto que se iba haciendo insostenible a medida que se acercaban las elecciones, y a pesar del cariño que nos profesábamos, llegó el momento en que las ideas nos separaron.



Tiempo después aquella ideología la llevó, como pasante de sociología, a las comunidades indígenas de la Sierra de Guerrero. Esta fue la última noticia suya que tuve después de nuestra ruptura; habían pasado diez años, y de pronto allí estaba ella, cruzándose a la mitad de mi vida, con sus ideas pasadas de moda y su pinta de redentora social.

Quedaba en nosotros un grato recuerdo de lo que fuimos mientras duramos juntos, suficiente para que, sin sentirme tentado a restablecer nada, tuviese deseo de pasar con ella al menos una velada, y sentirme seguro de que ella compartía ese pensamiento. Sin pensarlo mucho, al terminar la comida la invité a quedarse en mi departamento. Ella fingió sorpresa de una manera que me encantó, y ante mi reiterada oferta de ayudarla en sus gestiones a la mañana siguiente, terminó por aceptar. La llevé entonces a casa para que se diese un baño y se recostase, mientras yo acudía al partido para atender mis ocupaciones. Guillermo, aturdido todavía por el festejo, pero impaciente por iniciar su anhelado cometido, me esperaba en su oficina. Me soltó una pero-

rata inflamada por los vapores del coñac, acerca de la lealtad y la disciplina, que yo tuve a bien considerar como su primer acto de campaña. Por mi parte, para halagar su fuero y autoridad, me disculpé con holgura, pero no le mencioné a Gabriela.

Era verdad que me encontraba en mi mejor etapa. Tenía dinero, un promisorio futuro en la política, seguía siendo soltero y disfrutaba mucho de mi condición. Mi afortunada asociación con Guillermo, a quien consideraba mi hermano y maestro a pesar de ser un poco menor que yo, me había valido el ingreso al partido, y me llevaba ahora a la primera gran oportunidad. Nos iríamos a México, dejando aquí en Guadalajara un pie para la siguiente etapa, que bien podría ser la presidencia de algún municipio conurbado o, ¿por qué no?, una senaduría. A donde quiera que Guillermo fuese yo sería su hombre de confianza. A veces nos parecía que todo estaba sucediendo a una velocidad vertiginosa, como si fuésemos montados a lomo de una ola gigantesca.

La llegada no prevista de Gabriela me venía a confirmar, por la obligada confrontación, que lleva-

ba yo la senda correcta. Incluso sentía lástima por ella, la veía desamparada, encadenada al pasado ideológico, desaliñada y rota, olvidada de sí misma. También pesaba en mí una ternura añeja, pues por encima de las diferencias políticas, cuando fuimos pareja ella supo siempre ser buena y cariñosa.

Guillermo no me dejó ir sino hasta pasadas las diez, reprochándome con la mirada cuando le avisé que la mañana siguiente la ocuparía en un asunto personal. Como ya era tarde, pasé a comprar pizza y cerveza. Gabriela estaba fresca y descansada después del baño, se había puesto una de mis piyamas. Cenamos en la sala, viendo la televisión, y no entendí por qué a ella le pareció un hábito extraño. Las Chivas estaban jugando la semifinal, pero eso no significaba nada para ella, así que decidí poner el noticiero. Comíamos, fumábamos y escuchábamos a medias las noticias, pero en algún momento ella se puso de pie y apagó el televisor sin siquiera tomarme parecer; no recordaba a otra mujer que se atreviese a tanto. Así que a partir de allí conversamos, ella sobre la sierra, sus convicciones, su lucha y sus hermanos indígenas, y yo sobre el partido, Guillermo, mis planes para la campaña. Y a cada momento nos parecía que el otro estaba hablando sandecas.

—Por favor, quítate esa corbata —me pidió, cuando abrimos la segunda cerveza—, no soporto verte así.

Ella habló de la miseria, la injusticia y las cosas que siempre han ocurrido en este país en los lugares donde viven indios. Yo la dejé hablar, con la intención de que se desahogara, aunque tuve la impresión de que no llegaba al fondo de las cosas. Cuando algo de lo que decía comenzaba a emocionarla, callaba abruptamente, como si estuviese haciendo esfuerzos por controlar sus sentimientos. Creo que había cosas de las que prefería no hablar. Para mí todo estaba claro, ella estaba tan obstinada en sus creencias políticas que no deseaba admitir que sus camaradas, y ella misma, estaban equivocados en su anhelo de proteger a los indígenas contra la sociedad moderna y las leyes del mercado, que sus anquilosadas propuestas de igualdad social estaban siendo rebasadas por la historia.

—Créeme que yo admiro y respeto tu labor y tus convicciones —le dije, levantándome del sofá,

enciendiendo el aparato de sonido y buscando en el armario algunas de mis cintas viejas—. Pero tú sabes que mi pensamiento es diferente.

—Es Silvio —me interrumpió, tarareando la primera canción que sonó—. Hace años que no lo escucho.

—¿Ni siquiera eso? —ella encongió los hombros.

—No tengo grabadora —respondió—. Sólo oigo el radio, en dialecto casi siempre. No tengo tiempo para esas cosas. Cuando uno se compromete con una causa debe hacerlo a fondo.

—Pero es tu causa, no la de ellos —le expliqué, aprovechando la oportunidad.

—Tú lo dices porque nunca has estado allá, no tienes la menor idea de lo que es eso.

—No necesito ir hasta allá para saberlo, en nuestro distrito también hay zonas marginadas, jodidas de verdad, créeme.

—Lo que pasa es que tú ya te vendiste al sistema. ¡Mírate!, estás hecho un catrín y un padrote. Interpretas la realidad según tu conveniencia. Para ti todo está bien porque tú estás bien, pero en este país la gente está jodida, no contenta, tú lo sabes pero te haces buey. El verdadero México está en otra parte, pasas junto a él y no lo ves.

—Dime una cosa —le repliqué mientras destacaba otra cerveza—: ¿por qué tienen que venir ustedes desde las universidades a fabricarles sus demandas y explicarles sus necesidades? —le hice un ademán para que me dejase terminar—. Te voy a contestar: porque no son de ellos esas ideas, ustedes las arman y luego se las venden como propias.

—Ocurre que ellos están indefensos —me replicó—. Siglos de explotación y miseria les han impedido entender su realidad. Ustedes los mantienen ignorantes porque así los pueden explotar, no lo niegues. Nosotros les ayudamos a abrir los ojos. Tú sabes todo eso, eres lo bastante inteligente, lo que pasa es que eres egoísta.

—¿Y tú, Gabriela?, ¿qué hay de ti como mujer? ¿Qué hay de tus sueños, tu bienestar económico, tu realización profesional?

—¡Ah, qué pendejadas dices! —me respondió, soltando una carcajada honda y cristalina.

—De veras —le dije—. Veme a mí. Con dos telefonazos puedo solucionar tu problema en la mañana. Ni siquiera tienes que moverte de aquí. Cuen-

tas conmigo y lo sabes bien, pero escucha un consejo de amigo, soy sincero —ella guardó silencio y me miró con sus ojos profundos y oscuros—: así como me ves —continué, aprovechando que no hablaba—, con corbata y auto del año, te aseguro que puedo hacer más por los desvalidos que tú. ¡Porque estoy dentro del sistema!, trabajo desde dentro. Cada día tomo decisiones que afectan a miles —seguí, mientras sentía que su mirada me traspasaba como si mi cuerpo fuera un cristal, y la expresión de su rostro era inescrutable. Sus ojos estaban en mí, pero su mente vagaba en algún punto lejano—. La asistencia social instrumentada por el gobierno...

—Te propongo algo —me interrumpió de pronto. Hagamos una tregua. Realmente necesito tu ayuda mañana, y estoy disfrutando mucho este momento —añadió, levantándose a voltear la cinta—. Mejor no estropeemos la velada hablando de política. ¿No tienes tequila o algo parecido?

Ahora fui yo quien se rió. Después de todo tenía razón. Fui a la cocina y saqué el tequila. Pero de pronto se me ocurrió una idea: abrí el refrigerador, saqué una botella de champaña y tomé dos copas. Ella, que jamás lo había probado, me reprochó el gesto machista y burgués. Mientras bebíamos escuchamos cintas muy viejas, tarareando las canciones pues ya no recordábamos las letras, y repasamos nuestras extraviadas memorias de la vida estudiantil, nuestras aventuras y episodios amorosos. Poco a poco, las burbujas en las copas y el humo de los cigarros fueron gasificando la charla, y ella volvió a ser buena y dulce.

A la mañana siguiente desayunamos en la cocina. Yo preparaba unos huevos y ella hojeaba mi periódico, leyendo con profunda atención alguna noticia de la sección «País», que yo no alcanzaba a ver



desde la estufa. No esperaba de ella una reacción pueril, pero por experiencia sabía que uno no debe iniciar conversación con una mujer cuando la vispera ha tenido un primer lance amoroso, así que le serví el plato, me senté frente a ella y tomé la sección de deportes para enterarme del resultado del fútbol.

Me reprochó por el tiempo que me tomaba arreglarme. Pero en cuanto me anudé la corbata, tomé el celular y llamé al partido. Le pedí a mi secretaria que hablara con el jefe de la estación de carga para solicitarle, a nombre del candidato, que brindara facilidades para el transbordo de las cajas de herramienta, y luego le indiqué que enviara una camioneta y dos mozos a la terminal. Con eso hubiera sido suficiente, pero por atención a Gabriela decidí acompañarla. Y fue bueno que así lo haya hecho, porque apareció un oficial de aduanas, un individuo bajo de estatura y celoso de su deber, que a pesar del pedimento legalizado en la frontera insistía en abrir las pesadas cajas de madera, las cuales ostentaban letreros en chino y la leyenda «Made in Tai-

wan». Me molestó mucho la actitud de aquel tipo, fanfarrón en sus maneras y hostil hacia Gabriela. Ni siquiera cuando me identifiqué pareció inmutarse, como si no creyera lo que le decía. No tuve otro remedio que llamar por el portátil a mi secretaria, pedirle que enlazara la llamada a la oficina de aduanas y solicitar, de parte de Guillermo, que pusieran al jefe en la línea.

—¿Bueno? ¿Con quién tengo el gusto? ¿Licenciado Fernández? ¿Eres el subdirector? Mira, habla el coordinador de campaña del Licenciado Guillermo Márquez, a tus órdenes.— Al oír esto, el chaparrito puso cara de preocupación—. ¿Tu jefe anda en el desayuno?; el candidato también.— En ese momento, y sin que nadie se lo solicitase, el oficial se apresuró a sellar la documentación—. Sólo llamaba para saber si nos van a acompañar en la apertura de campaña —dije. El nefasto individuo respiró con alivio—. Por cierto, hemos recibido un apoyo invaluable de parte del oficial... —le hice señas al chaparrito— Beas. Sí, Beas; debo decirte que es un excelente elemento. De allí en adelante todo fluyó como el agua.

—Es lamentable que el país funcione de esta manera —le comenté a Gabriela, ya en el coche—, pero nosotros no ponemos las reglas, sólo nos queda atenderlas y sacar provecho de ellas.

No me contestó, y hasta ese momento me percaté de lo seria y ensimismada que había estado todo el tiempo. Yo achaqué su sentir a lo desagradable del episodio y a que mis métodos seguramente le parecían reprobables, cuando no repugnantes. Pero lo importante era que las cajas ya iban rumbo a México, y nosotros podíamos olvidarnos del oficial Beas.

La llevé de vuelta a mi departamento. Casi no hablamos durante el trayecto. Ella permanecía sumergida en un profundo pozo del que al parecer no le interesaba salir.

—¿Por qué no te quedas un día más? —le propuse cuando llegamos. Ella me miró de ese modo que me desconcertaba—. Tu asunto ya quedó arreglado —le insistí—. Tómate un descanso.

—¿Sabes una cosa? —me dijo—. ¡Me alegró tanto de haberte encontrado! —Debo confesar que aquella expresión y el beso apasionado que le siguió alimentaron mi ego. Le pedí que descansara, y pro-

metí regresar para llevarla a comer. Me fui de prisa a buscar a Guillermo.

No esperaba nada de Gabriela, después del día siguiente no la volvería a ver, y no lo lamentaba. Pero aquel encuentro inesperado me había traído una grata nostalgia de mis días en la universidad, había halagado mi orgullo de varón, y al mismo tiempo venía a reforzar mi convicción de estar bien, demostrándole que incluso a ella podía tenderle la mano. Y por añadidura, me había obsequiado un poco de ternura durante el sexo, que no había disfrutado hacía tiempo.

No pude volver a tiempo para la comida, y así se lo hice saber por teléfono. Llegué casi al anochecer, con una botella de vino y un ramo de flores que ella no me iba a agradecer. Pero no la encontré.

En la penumbra del apartamento solitario encontré la cama sin tender, ropa tirada en el suelo, en la cocina los trastes sucios del almuerzo, y junto a un cenicero atascado, esta infausta nota sobre la barra del desayunador:

Te esperé cuanto pude, hubiese preferido decírtelo a la cara. Aunque sé que no llegarás a perdonarme, te debo una disculpa interminable. Te mentí en dos cosas fundamentales: no es Oaxaca, sino Chiapas donde vivo. Y no son herramientas agrícolas, sino armas y municiones lo que gentilmente me ayudaste a transbordar. Por mi conducto, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional agradece tu desinteresada colaboración, que ayudará a sostener la lucha armada para la liberación de nuestros hermanos indígenas, y te garantiza un absoluto anonimato. Personalmente agradezco tu hospitalidad, tu trato y tu champaña, debo confesar que me gustó. Ha sido para mí la misión más grata en muchos años. No olvidaré que lo has hecho por mí.

Gabriela

No sé cuánto tiempo permanecí mirando aquel papel terrible, sin comprender lo que me había ocurrido. Después fui al refrigerador, tomé la primera cerveza de la noche y, con el mensaje en la mano, me fui a sentar a la sala. A la primera le siguieron muchas cervezas más. Amanecía ya cuando vencí la tentación de abrir una botella de champaña.




La Estación de Lulio

libros • café • puros
revistas • periódicos

LIBERTAD 1980 A
COLONIA AMERICANA
C P 4 4 1 6 0
8 2 6 7 2 8 1

*la
producción
editorial
de las instituciones
académicas
del país*

 **códice** *librería*

argentina 66 (entre vallarta y pedro moreno) ♦ tel/fax [3] 825 7060

libros • discos • arte • café

gandhi

AVENIDA CHAPULTEPEC 396
ESQ. EFRAÍN GLEZ. LUNA C.P. 44420

TEL: 616•73•74
FAX: 616•73•82

gandhi

Bellas Artes
91 (5) 510 4231 al 35
Fax 612 4360

gandhi

Discos
91 (5) 658 5718

gandhi

M. Ángel de Quevedo
Discos 91 (5) 661 2339
Libros 91 (5) 661 0911
Fax 661 2043
Ofic 661 1041

Luvina

pone a disposición
de los libreros
este espacio
a fin de que puedan
dar noticia
de sus servicios
o, bien,
de las novedades
que quieran ofrecer
al público lector.

[913] 615 4922 y 615 4930

Jorge Valencia:
En busca de un final feliz
Marco Aurelio Larios

La aspiración natural de todo ser humano es la felicidad. De este supuesto partiría Jorge Valencia en sus cuentos, si la experiencia humana que nos narra en ellos no mostrara la imposibilidad de su logro. Atados a sus más íntimas emociones, los personajes padecen la evidencia de la desventura. Nada escapa a este daño cotidiano de la felicidad. La vida se cobra con la ironía, la amargura o el olvido, toda pretensión de fortuna y placer, todo hallazgo

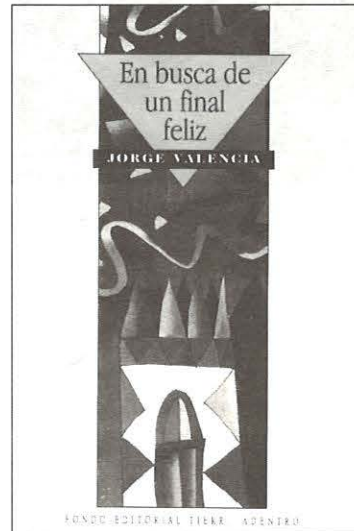
—efímero, circunstancial o intenso— de lo feliz. Jorge Valencia, con estos cuentos, se coloca de inmediato como uno de los exponentes más firmes de la narrativa de Jalisco; su juventud es el mayor garante del trabajo que promete. *En busca de un final feliz*, libro con todos los atributos de una buena narrativa, prueba que toda aspiración del hombre, no obstante el fracaso diario, sigue siendo legítima.

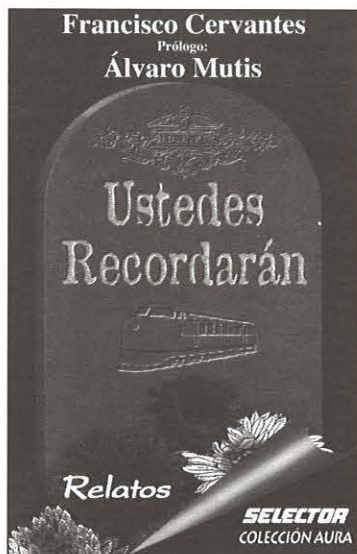
Texto de la contraportada del libro En busca de un final feliz, de Jorge Valencia, publicado por el Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 1977.

Francisco Cervantes:
Ustedes recordarán
Alvaro Mutis

Desde el primer poema suyo que leí, de esto hace ya más de treinta años, tuve la convicción de que Francisco Cervantes sería siempre un escritor marginal. El término se presta a interpretaciones un tanto peyorativas para quienes no quieran entender. Yo lo concibo como escritor que jamás seguirá camino alguno tran-

sitado por otros, así sean los mayores y más recordados; alguien que ha de construir, palabra por palabra, un mundo propio hecho del «eterno rechazo» del que habló el florentino, una región poblada de sombras y de dudas y sostenida por algunas certezas que nada tendrán que ver con el mediocre presente que nos ofre-





cen estos tiempos sin signo que los nombre. Desde ese primer encuentro hasta su último libro de poemas, sólo me ha sido dado confirmar hasta la certeza radical esa primera impresión que me causó su poesía. Necio, entonces, preguntarse qué sucedería cuando Cervantes se internara por las laberínticas rutas del ejercicio narrativo. En esta reunión de historias, por demás singulares, nos topamos de nuevo con el gran refutador de toda necia convención, con el especialista en mostrarnos el envés de todo entusiasmo intempestivo y gratuito, con el inventor de situaciones imposibles que hemos de aceptar como él nos las presenta, sin darnos

oportunidad de contestar cosa alguna que valga la pena. Decía el poeta y cineasta Jomí García Ascot, de cuya ausencia nunca nos hemos de curar, que optimista es aquel a quien no le han dado todos los datos. En el caso de este revelador libro de Cervantes, yo diría que en él tenemos a un pesimista que sí cuenta con todos los datos y argumentos posibles para fundamentar su pesimismo. Recorra el lector estas páginas con la certeza de que le serán en extremo benéficas para continuar viviendo sin tratar de apoyarse en las nubes. Por algo el título del libro dice claramente: *Ustedes recordarán*.

Prólogo al libro de relatos Ustedes recordarán, de Francisco Cervantes, publicado en la colección Aura, de SELECTOR, México, 1997.

Cinco fragmentos en los confines del cielo *León Plascencia Ñol*

1
Desde hace algunos años he sido testigo de una labor secreta o casi secreta de Gabriela Velázquez: la creación de cuentos. He visto cómo ha ido surgiendo una vocación, una voz, un llamado que va dibujándose entre las líneas y las palabras de sus textos. También he estado presente de manera periférica en la elaboración de sus escritos y me causa sorpresa ver cómo surgen aparentemente de la nada, de imágenes, de recuerdos, de situaciones y frases escucha-

das en algún lugar. Como un orfebre y sin prisas, Gabriela Velázquez va elaborando y descubriendo que, como dijera uno de los personajes de Antonio Tabucchi: «Las historias no empiezan, las historias suceden y no tienen principio. O al menos ese principio no se ve, se escapa, porque estaba ya inscrito en otro principio, en otra historia, el principio de una historia es sólo la continuación de otro principio.» Principios y dudas, certezas.

2

Dice Edmond Jabès: «La escritura es apuesta a la soledad, flujo y reflujo de inquietudes. También es reflejo de una soledad reflejada en su nuevo origen. En el corazón de nuestros deseos confusos y nuestras dudas, forjamos su imagen.»

3

Ángeles en un mundo de desamparo, de ilusiones perdidas, de sueños agotados frente a un espejo o en una isla, en estaciones de tren, en ciudades de bruma y asombro, en tabernas oscuras en donde el insomnio es un cuchillo y un fantasma. Los personajes de Gabriela Velázquez son prófugos de la razón y la cordura: un *piénoir* busca en un río nigeriano, como una especie de Maqroll el gaviero las caricias y el recuerdo de Estela —la mejor cantante de blues—, y deja para alguien, quizá en otro continente, una bitácora de viaje, unas cartas que develen un amor imposible; un hombre se mira ante un espejo y se pregunta en voz de la autora: ¿y si no fuera un sueño, si todo fuera real, si todo lo que ves en el espejo estuviera pasando o ya pasó?; una mujer espera a Tomás, su marino ausente, mientras la isla se vuelve un reflejo de presagios; el cadáver de una ballena es la metáfora de lo imposible; una estación de tren, como instantánea de lo fugaz; una España sangrienta en donde un pintor recuerda a su ama, la princesa Eboli, y todo sucede fuera y dentro del

óleo que contiene un amor trágico; un lago, un asesino en serie y un testigo que no puede escapar del sueño; Lucrezia, Tadeus y un violinista, un triángulo de abandonos, de deseos y de calles que son como recuerdos; un bosque, otra ciudad más, habitada por nostalgias y sombras y un testigo al que todo lo aturde. Amores imposibles que buscan con una perpetua esperanza un refugio a su desasosiego. Pero saben que frente a la lluvia —el amor—, un derrumbe de cielos es lo más cercano al olvido.

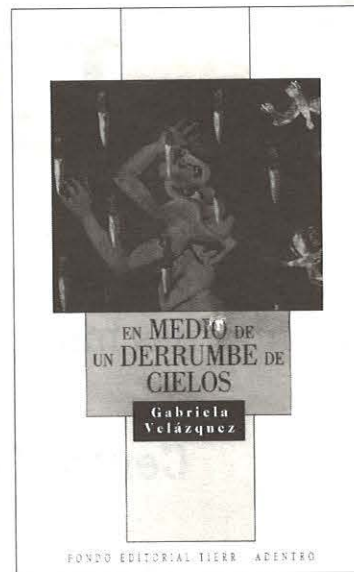
4

Libro de hallazgos y sorpresas, de atmósferas enraizadas en el sueño y la locura. Abandonos y trastornos. Soledad. Situaciones epifánicas en el rostro de ciudades que se disuelven con la lluvia y en los cuerpos de los amantes que en permanente vigilia esperan un camino que les devuelva los fragmentos de una vida herida pero aun así por momentos dichosa. Perdedores que buscan permanecer en el imán de la gracia nocturna del deseo.

Principios sin fin, comienzos, historias concentradas, envolventes como una caricia de sedas en el lecho.

5

Citemos nuevamente a Edmond Jabès: «El escrito no es un espejo. Escribir es afrontar un rostro desconocido.» Gabriela Velázquez lo afronta y, creo, no le teme.



Texto leído por el autor en la presentación del libro En medio de un derrumbe de cielos, de Gabriela Velázquez, publicado por el Fondo Editorial Tierra Adentro, México, 1997.

y, por supuesto, todas las anteriores están a la venta en librerías muy prestigiadas de Guadalajara, como lo son:

Centro Cultural Librería Guadalajara

La Estación de Lulio

Jardín de Senderos

Librería El Crisol

Librerías Gonvill

Librería Gandhi

Librería México

Librería Códice

etc.

y

en

puestos de periódico
y «locales cerrados» como:

Instituto Cultural Cabañas

Museo de las Artes

Plaza México

Sanborns

etc.



Ballet Folclórico
de la Universidad de Guadalajara

TEATRO DEGOLLADO
funciones todos los domingos a las 10 am



Javier Campos Cabello
Recuerdos familiares
acrílico sobre tela 120 x 160 cm

colección permanente



MUSEO DE LAS ARTES
UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA